

PENSAR EL COVID-19 FRENTE A LA CRISIS ECOLÓGICA

ARIEL OLMEDO GIOMPLIAKIS

El Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC) señaló recientemente que nuestro planeta se dirige hacia el colapso ecológico (IPCC, 2018). El informe advierte que si en la próxima década no se modifican las actividades antrópicas, el aumento de la temperatura global generado por gases de efecto invernadero superará los dos centígrados. También se calculan incrementos mayores para fines de este siglo si no se desaceleran a tiempo las consecuencias desencadenadas luego del desarrollo de las sociedades industriales ¹.

Por otra parte, el Panel Intergubernamental de Biodiversidad y Ecosistemas (IPBES) reveló las fotografías que ilustran el estado en el que actualmente se encuentra el planeta. Los datos son contundentes pero extremadamente preocupantes, pues se observan niveles de degradación que alcanzan el 75 por ciento de la superficie terrestre y el 66 por ciento de los mares. Las causas principales se vinculan directamente con nuestras formas de producción y de consumo que, desde hace tiempo, se encuentran en contradicción con las condiciones biofísicas de la Tierra (IPBES, 2019).

Es imprescindible reconocer, entonces, que nuestro sistema económico mundial (de base capitalista) se asienta en dogmas y en mitos biocidas que ponen en jaque las dinámicas vitales del planeta, ya que promueve un crecimiento ilimitado dentro de límites físicos bien definidos (Herrero, 2014). Quienes lideran esta carrera de depredación masiva (mal definidos como “países desarrollados”) agotaron hace tiempo las bases materiales de sus propios territorios, por lo que ahora utilizan otras regiones del planeta (mal definidas como “países sub-desarrollados”) para generar alimentos que satisfagan sus necesidades alimentarias, para fabricar productos que puedan saciar sus demandas mercantiles y, finalmente, como grandes basureros donde arrojar sus desechos tóxicos.

Este estado de situación, en el que abiertamente se le declara la guerra a la vida, debe modificarse en los próximos años, pues, de lo contrario, no habrá manera de incidir en los procesos de degradación planetarios (IPCC,

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba Capital, Argentina. / arolmedo06@gmail.com

2018). Más aún, existen nueve ecosistemas que se dirigen hacia su punto de no-retorno, es decir, hacia la superación de una barrera ecológica que, una vez atravesada, desencadena cambios irreversibles con consecuencias destructivas ². Son cinco los motores directos que se reconocen en esta destrucción acelerada: cambios en el uso de la tierra y el mar, explotación directa de organismos, cambio climático, contaminación y especies exóticas invasoras (IPBES, 2019).

Sumado a estos escenarios desafortunados se calcula que la crisis ecológica provocará la desaparición masiva de, por lo menos, un millón de especies y que se multiplicarán las catástrofes: enfrentamientos sociales para ocupar territorios y conseguir alimentos, miles de personas ocupando regiones inhabitables, pandemias incontrolables, la posibilidad de totalitarismos inadvertidos, migraciones, desabastecimiento de agua, de comida y de medicamentos (Broffoni, 2019).

No es casual que el relator especial de la ONU declarara, en junio de 2019, que en los próximos años nos enfrentaremos a un “apartheid climático”, donde los países ricos buscarán escapar de las adversidades que impondrán las temperaturas extremas, el hambre y los conflictos sociales. De hecho, mientras la mayor parte de las personas se ubica actualmente por debajo de la línea de pobreza (y se espera que la cifra aumente exponencialmente), unos pocos millonarios comparten sus planes para la supervivencia luego del colapso, que incluyen la compra de pueblos y territorios favorables, la utilización de la tecnología como medio de escape hacia regiones remotas, la adquisición de *bunkers* climáticos y la contratación de fuerzas armadas privadas para proteger y blindar sus nuevos espacios privados (Rushkoff, 2018).

Este panorama futuro debería generar un estado de alerta permanente junto con acciones colectivas sostenidas en el tiempo y, sin embargo, se ignora intencionalmente o se relega a segundo plano. Aún más, lo más llamativo es que no estamos ante diagnósticos inadecuados e infundados: los modelos predictivos actuales son extremadamente precisos y cuentan con el mayor consenso del que la historia de la ciencia tenga memoria (aun cuando reformulen con mayor exactitud lo que la ciencia predice hace décadas). ¿Cómo es posible que frente a tanta evidencia no sólo se responda con indiferencia sino que se impulsen acciones que aceleran los procesos de exterminio social y planetario?

En este preciso momento somos testigos directos de las consecuencias que trajo aparejada la pandemia por coronavirus (Covid-19). Aunque se trata de un escenario menor del que se espera para la próxima década, se encuentra ligado a los mismos procesos y actividades antrópicas. Se trata de que estas mutaciones y zoonosis suponen desequilibrios dinámicos en ecosistemas donde intervienen humanos, animales, patógenos y medio ambiente (Morens & Fauci, 2020), lo que refleja el efecto en cadena

de nuestros sistemas de producción. No es un hecho menor que las condiciones que hicieron posible su emergencia se encuentren ligadas con la cría industrializada de animales³ (que son verdaderas fábricas de virus y de bacterias altamente resistentes) y con la pérdida acelerada de biodiversidad —que mucho tiene que ver con los sistemas de explotación de la naturaleza (IPBES, 2019).

Por estas razones, el problema al que nos enfrentamos es parte de la crisis ecológica, y ubicarlo a nivel sanitario no sólo refleja los sesgos de la racionalidad instrumental que impera en las comunidades científicas, sino que agudiza la ceguera individual y colectiva, e impide una toma de conciencia sobre las dimensiones reales de la catástrofe a la que nos conducen nuestras formas de organizar materialmente la vida.

A esta la fecha ha fallecido más de un millón de personas, la economía mundial se encuentra en ruinas, los sistemas sociales y políticos están fragmentados y nuestros derechos se encuentran fuertemente vulnerados, especialmente en los países en los que se impuso un preocupante estado de excepción y en donde las sanciones, las restricciones y la responsabilidad de los contagios se dirigieron exclusivamente hacia la población. ¿Cuánto tiempo más podrán sostenerse, en este contexto, los discursos políticos que dicen priorizar el cuidado y la salud de la población?

A su vez, es notable que los esfuerzos por encontrar una solución se hayan concentrado, desde el inicio, en el desarrollo de vacunas y de tratamientos médicos paliativos, y que los saberes y las voces que se privilegian sean siempre los mismos: virología, bioquímica, medicina y epidemiología. Esto no es esencialmente problemático si reconocemos que el impacto sobre el sistema sanitario requiere de la implementación de medidas urgentes. Aun así, esta crisis demanda más soluciones que las médicas, porque el riesgo de iniciar en ciclos de pandemias frecuentes no se gatilla al interior del sistema sanitario ni depende exclusivamente de este nivel.

En este punto es importante reconocer que la falta de diálogo y de visiones holísticas al interior de las comunidades científicas se conjugan con un exceso de optimismo tecnológico⁴ y con una carencia estructural de conciencia ecológica. A su vez, en la esfera pública existe la tendencia de algunos gobiernos de ampararse bajo una “expertocracia” que siempre es ilusoria, parcial, sesgada y totalitaria, y que, por razones obvias, no puede sostenerse en el tiempo sin generar contradicciones explícitas. Si fuera cierto que sólo los saberes “expertos” intervienen en las decisiones sanitarias y en asuntos sociales relevantes ¿por qué nunca se adoptaron medidas eficientes y extremas (como las desplegadas severamente durante la pandemia) para evitar la degradación y destrucción acelerada de cuerpos y de territorios concretos? ¿Por qué se apela a unas pocas disciplinas como si representaran la totalidad de saberes y de actores involucrados? ¿Por qué nunca se toman medidas radicales frente al cambio climático? ¿Por

qué no existen datos públicos sobre las medidas fitosanitarias o los niveles de glifosato en aquellos países donde la producción agroindustrial es la base de sus estructuras económicas? Finalmente, ¿por qué debemos creer que las instituciones y los gobiernos utilizan toda la evidencia disponible si, mientras se impone un confinamiento severo, aumentan el extractivismo, la quema de bosques y los acuerdos con la industria ganadera? Ni qué decir del silenciamiento y genocidio sistemáticos de saberes rurales e indígenas. Quienes pertenecen a esas comunidades han sido siempre los guardianes de las dinámicas ecosistémicas de nuestra tierra, y a cambio soportan las consecuencias de los modelos que destruyen sus territorios y envenenan a sus habitantes. ¿Por qué se los obliga, además, a luchar contra el colonialismo intelectual que, mediante las lógicas de una ciencia segmentada y gobiernos escasamente representativos, los conduce hacia nuevas formas de epistemicidio? Hemos de reconocer, en este punto, que sin justicia cognitiva global no es posible la justicia social (De Sousa, 2009) y que sin información pública no es posible construir políticas orientadas al bien común.

Es cierto que los sistemas de saber-poder generan alianzas interdisciplinarias que son más fieles a los intereses del mercado que a las características del planeta. También es cierto que las consecuencias prácticas de esos vínculos (a veces desastrosas) se perciben mucho antes que los hilos conductores que movilizaron y permitieron su desarrollo conjunto (Rodríguez, 2019). De hecho, y sólo por citar un ejemplo, los principios de la economía dominante (neoclásica) se encuentran mejor articulados con el resto de las disciplinas científicas que con la economía ecológica (que podría ser su pariente cercana)⁵.

Esta situación no puede perpetuarse. Es necesario realizar cambios sustanciales, tanto de las epistemes que moldean el desarrollo de la ciencia como de las acciones humanas que inciden directamente en las dinámicas del planeta. Un punto de partida consiste en recordar, a cada momento, que somos seres eco-dependientes e inter-dependientes y que no podemos escapar a esa condición, porque de esos principios se deriva nuestra existencia (Herrero, 2014). Por lo tanto, nuestros sistemas económicos, políticos, morales y científicos deberían deducirse lógicamente y ontológicamente de las dinámicas ecosistémicas de las que formamos parte y no de principios abstractos que se encuentran en constante contradicción con las leyes de la vida.

Por otro lado, es fundamental generar un cambio radical que nos permita asumir con responsabilidad la transición civilizatoria en la próxima década, conectando con todas las formas de vida del planeta, entendiendo sus relaciones geofísicas precisas mediante una integración real de saberes que sean respetuosos con todas las personas y con todos los territorios. Es imprescindible incorporar formas de vida que se asienten en el cuidado y

el desarrollo regenerativo, como descarbonizar la construcción, dar lugar a la permacultura, implementar formas de agricultura autosustentables, repensar nuestras dietas junto a sus procesos productivos, desarrollar proyectos urbanos en función de la calidad de vida de los habitantes y de las condiciones del territorio, mejorar los procesos de producción para reducir consumos energéticos (especialmente de climatización y de iluminación) e implementar sistemas de ahorro de agua y de otros bienes esenciales.

Estos procesos de recuperación y defensa de cuerpos y de territorios plurales (Cabnal, 2010) deben ser totales y no parciales, pues no existen gradualismos cuando de nosotros depende la supervivencia del planeta. Al mismo tiempo, la transición debe ser colectiva, pacífica y justa, pues no será posible transitar el cambio si las luchas se atomizan y no pueden sostenerse con eficacia durante el tiempo que se necesita. Los próximos diez años son nuestra última posibilidad: ¿cuánto más esperaremos para empezar a cambiar?

NOTAS

- 1 Recordemos que si la temperatura supera los 1.5° se desencadenan ciclos de retroalimentación que tornan impredecibles los comportamientos de un ecosistema.
- 2 La lista incluye: el derretimiento del hielo en Groenlandia, los incendios en los bosques boreales de Norteamérica, el derretimiento del hielo marino del Ártico, la sequía frecuente e incendios en la Amazonia, la pérdida acelerada de hielo en la Antártida occidental, la pérdida acelerada de hielo en la Antártida oriental, la ralentización de la circulación del Atlántico, la mortandad de los arrecifes de coral y la fusión del permafrost.
- 3 Vale mencionar que, a pesar del conocido impacto ecológico de estas formas de producción (degradación de suelos, pérdida de biodiversidad, contaminación de causas de agua y desarrollo de pandemias), algunos gobiernos (como el de la Argentina) intentan la instalación de granjas industriales de cerdos sin habilitar los canales de diálogo y de consulta populares. Por otra parte, pero en el mismo contexto, crecen la deforestación, el extractivismo y la quema de humedales. Un estudio detallado sobre los efectos de la producción agroindustrial en Argentina se encuentra en el trabajo doctoral de Lucas Alonso (2020; consultar bibliografía).
- 4 La tendencia actual consiste en combinar ingenierías (especialmente la genética y la cibernética) para generar modificaciones en el mundo y en los seres humanos, con la creencia de que se pueden trascender los estadios actuales y afrontar los tiempos futuros (por ejemplo, modificando los cultivos y los organismos para hacerlos resistentes al cambio climático). Sin embargo, estos desarrollos se derivan de un supuesto completamente erróneo: que existe un abismo (ontológico) entre la mente y el mundo o entre los humanos y la naturaleza. Por lo tanto, es difícil saber cuáles son las posibilidades reales de sostener estos proyectos sin incurrir en contradicciones explícitas.
- 5 Estas diferencias son a tal punto evidentes que algunas disciplinas se asocian rápidamente con la “racionalidad científica”, mientras que otras (como la ecología) se conciben como saberes periféricos e ideologías y se los asocia el activismo político y las luchas sociales (lo cual genera narrativas de legitimidad para los primeros y de desacreditación epistemológica para los segundos).

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, L. L. (2020), *Estudio de la distribución ambiental de fármacos de origen pecuario y evaluación de alternativas de mitigación en aguas contaminadas* (Doctoral dissertation, Universidad Nacional de La Plata).
- Cabnal, L. (2010), "Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala". *Momento de paro Tiempo de Rebelión*, 116.
- Cabnal, L. (2012), "Agenda feminista y agenda indígena: puentes y desafíos". *Presentación 5 Inauguración 9 i Propuesta feminista sobre el patriarcado: nudos para*, 53.
- Cortes Funes, E. (2011), "Consumo responsable, el rol de las empresas, del Estado y del consumidor". *Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN) Informe Ambiental Anual*.
- De Sousa Santos, B. (2009), *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. BsAs: Siglo XXI.
- Francese, C., & Folguera, G. (2018), "Saberes simplificados, tecnociencia y omisión de riesgos. El caso de los organismos genéticamente modificados". *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 39(2).
- Guattari, F. (2013), "Para acabar con la masacre del cuerpo". *Revista Fractal* 69.
- Hacia el apartheid climático. (2019, 25 de junio). *Noticias ONU*. Recuperado de: <https://news.un.org/es/story/2019/06/1458411>
- Herrero, Y. (2014), "Economía ecológica y economía feminista: un diálogo necesario". *Con voz propia. La economía feminista como apuesta teórica y política*, 219-237.
- Lewontin, R. y Levins, R. (2015), *El biólogo dialéctico*. Buenos Aires, Ediciones ryr.
- Morens, D.M., Fauci, A.S. (2020), "Emerging pandemic diseases: how we got to COVID-19", *Cell*. Elsevier Inc.
- Panel Intergubernamental para el Cambio Climático (2018), *Global Warming of 1,5°*. Resumen para responsables de políticas. <https://www.ipcc.ch/sr15/>
- Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (2019), *Summary for policymakers of the IPBES global assessment report on biodiversity and ecosystems services* [Resumen para los encargados de la formulación de políticas del informe de evaluación mundial de la IPBES sobre la biodiversidad y los servicios de ecosistemas]. <https://ipbes.net/global-assessment>.
- Rodríguez, Pablo (2019), *Las palabras en las cosas. Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Buenos Aires, Cactus.
- Rushkoff, D. (2018, 1 de agosto), "La supervivencia de los más ricos y cómo traman abandonar el barco". *Contexto y Acción*. Recuperado de: <https://ctxt.es/es/20180801/politica/21062/tecnologiafuturo-ricos-pobres-economia-Douglas-Rushkoff.htm>
- TEDx talks (3 de diciembre de 2019), "Desobediencia civil pacífica contra la crisis climática". Flavia Broffoni. TEDxRiodelaPlata. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=jQJTAc9pkqU>

